

Cuba Bajo el Régimen de la Revolución Permanente

I.—LA ECONOMÍA ENFERMA DE CUBA

Seudo-soluciones engañosas.

De nuestro corresponsal en América Latina

R. B. La Habana.

(“Neue Zürcher Zeitung”, 1 octubre 1966). Trad.

El antiguo consejero económico de Castro, Ernesto “Che” Guevara, de formación médica, había en 1963 calificado sin ambages de ridícula la planeación económica del régimen, en el que tenía parte determinante. Desde entonces, no ha mejorado sensiblemente. En realidad, no se trata en nada de planificación, sino de improvisaciones según las lecturas del momento de Castro. Y como Castro lee mucho, los temas de las improvisaciones cambian pronto. Hoy, todo el mundo siembra arroz, mañana los plátanos están a la orden del día, pasado mañana la consigna es el carbón. Hace dos años, había aves de corral en los mercados, pero no huevos; hoy, hay huevos, pero no aves de corral. Los dos primeros años después de la revolución, los efectivos de la ganadería cubana fueron reducidos por la matanza de 6.5 a 4.5 millones; hoy la cría de bovinos es la gran manía de Castro. El maíz estuvo en boga con el “líder máximo” al comienzo de los años 60; la producción pasó de 42,000 a 88,000 toneladas. Luego el producto cayó en desgracia; la cosecha no llegó sino a 35,000 toneladas en 1964 y aun el año pasado a 21,000 solamente.

Fijación de prioridades.

Bajo la presión amistosa pero enérgica de los suministradores de fondos soviéticos, el trabajo económico del gobierno toma poco a poco algo más de consistencia. Es verdad que se sigue experimentando alegremente, pero al menos se han establecido algunas prioridades. A la cabeza viene el aumento de la producción de azúcar; debe elevarse en 1967 a 10 millones de toneladas. El objetivo es probablemente demasiado ambicioso, pero 8 ó 9 millones pudieran ser realizables. En segundo lugar está la ganadería, seguida de la pesca, de la producción de legumbres y de frutos tropicales y del aliento a las empresas industriales de transformación de los productos agrícolas.

La producción azucarera se descuidó a tal punto al comienzo de los años 60, que cayó de 6 a 3.8 millones de toneladas; gracias a una

campana masiva lanzada por Castro, volvió a subir en 1965 a 6 millones de toneladas, para volver a caer desde 1966 a 4.5 millones. El retroceso de este año no puede achacarse, como lo hace el gobierno, a sólo las condiciones atmosféricas excepcionalmente malas. Otros factores contribuyeron al fracaso, en primer lugar el hecho de que en 1965 los innumerables cortadores “voluntarios” de las ciudades cortaron mal la caña. La caña mal cortada da una zafra menor los años siguientes.

Si se quiere alcanzar, al menos aproximadamente, el objetivo de 10 millones de toneladas previsto para 1970, es indispensable mecanizar la zafra. A este fin, los soviéticos han construido para Cuba una máquina que corta la caña, la limpia, la divide en trozos de la longitud que se requiere y la ata. Según los cubanos, la máquina está todavía en fase experimental y presenta algunos defectos; los soviéticos afirman, por el contrario, que la máquina es perfecta pero que los cubanos no saben servirse de ella. Tan importante como la mecanización de la zafra es la aceleración del transporte de la caña a los ingenios. Efectivamente la caña pierde una parte importante de su contenido de azúcar si no se trata en los ingenios a lo sumo cuarenta y ocho horas más tarde. Bajo el régimen castrista, los medios de transporte se han deteriorado hasta tal punto que ya no se puede llevar la caña tan pronto. Por fin, los 153 ingenios de azúcar del país son viejos sin excepción. En la mayoría, se remontan a los años veinte; los más “recientes” tienen treinta años. El régimen solamente ha renovado aquí y allá algunas máquinas.

Esfuerzos por la ganadería.

El gobierno da hoy atención particular a la ganadería. Tiene que buscar mediante las exportaciones de carne a los países occidentales las divisas que necesita urgentemente. Luego que los rebaños de bovinos fueron reducidos a un tercio inmediatamente después de la revolución, se ha llegado, gracias a un racionamiento severo de la carne y a la creación de gran-

des centros de inseminación artificial, a 6 millones, es decir, casi a la mitad del antiguo estado. La carne está siempre racionada, pero desde el año pasado Cuba exporta carne a Italia. El gobierno se esfuerza por mejorar la raza indígena de cebús cruzándola con bovinos Holstein, de los que ha importado 12,000 cabezas desde Europa y Canadá. Una tentativa de mejorar los pastos ha fracasado; hoy especialistas ingleses hacen en Cuba una gran experiencia con los cereales forrajeros. De una manera asimismo sistemática se atiende a la cría de pollos. Según los datos oficiales, habría hoy en las granjas 4.5 millones de pollos y la producción de huevos habría pasado, desde 1962, de 174 a 919 millones de unidades por año. Un intento de exportar huevos a Europa hecho el año último ha fallado. La comercialización de los productos agrícolas en Cuba es defectuosa bajo el régimen actual. Sucede por ejemplo que en Oriente hay sobreabundancia de naranjas mientras que no pueden encontrarse en las provincias cercanas y aun en La Habana: porque el Estado —en oposición al comerciante privado de antes— carece de iniciativa para llevar los productos de las aldeas a los mercados.

En el terreno de la industrialización, las realizaciones se han quedado muy atrás de los planes ambiciosos señalados los primeros años de la revolución. Se ha construido una fábrica de zapatos, otra de utensilios domésticos y una de lápices. Las empresas existentes de producción de acero, de papel, de textiles y de conservas han sido agrandadas. Por otra parte, el gobierno ha invertido sumas bastante importantes en las minas de níquel. Ha instalado además varios pequeños astilleros para construcción de buques pesqueros de alta mar. El gobierno invierte en este sector sumas considerables, porque alienta la esperanza justificada de poder desarrollar poco a poco un comercio de exportación de productos del mar. Por lo demás, la industrialización se limita hoy a los proyectos que sirven para la transformación de los productos agrícolas locales. En particular, quiere explotarse el bagazo (la caña exprimida); puede servir para la fabricación de papel, de fibras artificiales, de plásticos, de abonos, de ladrillos, de material aislante y otros. La falta de obreros especializados, el absentismo y las frecuentes paradas debidas al mal mantenimiento y a la escasez de piezas de repuesto pesan sobre la productividad de la mayoría de las fábricas.

Hay también atención a desarrollar la infraestructura. Se construyen caminos en las regiones montañosas, cosa indispensable para mejorar la situación de los habitantes de esas zonas. Luego el gobierno mejora el aprovisionamiento de agua en los campos y construye dos centrales termoeléctricas. Al sistema ferroviario que era antaño factor importante, el gobierno consagra de nuevo desde hace algún tiempo una

atención creciente, luego de haberlo dejado dañar al principio.

El nudo gordiano del desempleo.

Castro ha suprimido el desempleo, antes agudo, con una pseudo-solución. No ha creado, por ejemplo, empleos nuevos, sino que lo remedia, en primer lugar, dejando que la mano de obra emigre al extranjero; en segundo, inflando el aparato administrativo, y en tercero, retirando por tres años a todos los jóvenes del proceso de producción para llevarlos al servicio militar. El verdadero problema no ha sido resuelto, aquél en que consiste el desempleo cubano y que tiene hoy otras consecuencias, es decir, el problema de la demanda estacional de grandes números de obreros para la zafra. Antes de Castro, entre cerca de 2 millones de obreros en total, casi 500,000 estaban desempleados; 300,000 de ellos se colocaban como cortadores durante los tres meses que dura la zafra azucarera. Ese depósito de desempleo gracias al cual los plantadores de azúcar podían mantener sumamente bajos los costos de explotación de sus plantaciones, ha desaparecido; para cortar la caña, Castro tiene que movilizar a "voluntarios", entre obreros de fábricas, funcionarios, institutores, profesores universitarios, escolares y estudiantes. Esto quiere decir que por ejemplo altos funcionarios y especialistas altamente calificados hacen por tres meses un trabajo que no corresponde en nada al sueldo que siguen recibiendo; y además hacen ese trabajo mal y mucho menos rápido que los obreros agrícolas. La mecanización de la zafra atenuará el problema pero no lo suprimirá. Un remedio completo no puede ser otro que la diversificación de la producción agrícola, diversificación puesta en marcha antes de Castro pero de nuevo anulada bajo éste.

II.—FIDEL CASTRO, EL CAUDILLO ROJO.

**Reino de la arbitrariedad
al estilo Batista.**

El poder, no el dinero.

Se cuenta en La Habana esta historia: Fidel Castro se hizo afeitarse, y debajo de la barba apareció el antiguo dictador Batista. Efectivamente, Castro ha vuelto a introducir los medios y los métodos de la arbitrariedad tiránica de su predecesor contra quien todo el pueblo cubano se había levantado con Castro. La cárcel para presos políticos en Isla de Pinos está hoy tan llena como hace doce años, cuando Castro estaba encerrado en ella. La policía de seguridad de Castro es tal vez menos brutal que la antigua, pero ciertamente no está menos activa. Una red de espías y delatores se extiende por el país, con las mallas cerradas como no lo

ha habido jamás ni aquí ni en ninguna parte de América Latina. Los jueces independientes por los que Castro pretendía luchar en los años 50 existen hoy tan poco como entonces, y las elecciones libres que prometía a los cubanos nunca se han tenido. La prensa está completamente sometida al control y a la censura; ni una sola palabra libre se imprime ni se dice por la radio.

Los especialistas no están de acuerdo para saber lo que es verdaderamente el castrismo y bajo qué noción política clasificar al "líder máximo". Unos ven en Castro a un demagogo oportunista, otros a un verdadero revolucionario social. El mismo ha dicho en sus interminables discursos tantas cosas contradictorias sobre sí mismo y su movimiento que cualquier tesis se puede apoyar por muchas citas de sus palabras.

La opción por el Este comunista.

La pregunta fundamental es saber cuáles son las relaciones de Castro con los comunistas. ¿Es solamente comunista? ¿Lo ha sido siempre, es decir, desde la época en que como guerrillero de las montañas orientales de Cuba luchaba contra los soldados de Batista? ¿O bien sólo llegó a serlo después de su acceso al poder? El mismo afirma que siempre lo ha sido, pero que antes de la toma del poder había engañado conscientemente al pueblo y tomado posición contra el comunismo para lograr el apoyo de la burguesía urbana que le era entonces indispensable. Muchos iniciados, sin embargo, dudan que Castro haya hecho nunca planes con años de antemano; tienen como probable que solamente como jefe de gobierno juzgó necesario y deseable ponerse al lado de Moscú. Sobre las razones que le dictaron tal decisión, los castrólogos no están de acuerdo.

La tesis que quiere que Castro haya sido llevado al campo comunista por la actitud infortunada de Washington, vale decir por las provocaciones americanas, parece en todo caso demasiado simple. El alineamiento con el bloque oriental fue atraído y preparado desde antes de las "provocaciones" americanas, antes de la suspensión de la cuota azucarera y la negativa de las compañías petroleras a refinar en Cuba el petróleo bruto soviético, Castro buscaba la ruptura con los Estados Unidos. Solamente de Moscú podía esperar los medios que necesitaba para llegar a ser lo que se presentaba a su mente: el fundador, el héroe y el "líder máximo" de una revolución que abrazara a toda América Latina. La necesidad de cortar todos los lazos económicos con los yanquis como preámbulo al progreso de Cuba formaba también parte de su teoría y de su propaganda. Y por fin la ruptura con Washington creó la base para la propagación de su popularidad a través de toda América Latina.

Se comprende, pues, mal la situación de Cuba si no se ve en Castro más que a un dirigente

comunista y un procónsul de Moscú. Castro es ante todo y casi exclusivamente un caudillo de la más pura especie. Sueña menos con el futuro paraíso del proletariado que con su propia posición. No se distingue de los otros conductores de pueblos latinoamericanos sino en que no busca más que el poder, ni siquiera el dinero. Antes de llegar al gobierno, se ocupó poco de la ideología comunista, y aun hoy los verdaderos marxistas no cesan de comprobarlo, no tiene de ella un conocimiento preciso. En general, hace poco caso de las ideologías. No es un pensador ni un representante de la izquierda intelectual. Es un revolucionario que busca el objetivo de su revolución en los libros y que hace suyas las tesis que le parecen más útiles para aumentar su posición. Lo que le interesa es el poder. Y para esto el comunismo le es un medio: como asiento de su poder y como adorno ideológico de su voluntad glacial de poder que no se deja detener sino por pocas consideraciones. Es el papel de jefe —jefatura— la que ideó en 1951 como la base indispensable de todo verdadero movimiento popular. Soñaba entonces, como revolucionario de veintisiete años en forjar un grupo "indestructible y absolutamente disciplinado" de partidarios para poder conquistar el poder. Y escribía: "El aparato de propaganda y de organización debe ser de tal manera que cualquiera que se rebelara contra el movimiento o introdujera en él gérmenes de división sea implacablemente destruido". Es una de las pocas fórmulas a las que ha permanecido fiel.

Virtuoso de la demagogia.

Esa estrechez maníaca de su esfuerzo le da la fuerza y los medios de lograr su fin. Es un demagogo cumplido, conoce a fondo todos los trucos del comediante y los procedimientos retóricos para arrastrar las masas en pos de sí. No necesita de claqué para recoger aplausos en el lugar querido; dispone las palabras de tal manera que las manos se pongan en movimiento por sí mismas. Es un brillante manipulador del poder y de la maniobra política. Busca siempre crear exactamente la situación que necesita para alcanzar el fin buscado, haciendo creer que el paso le ha sido impuesto. Cada medida, cada cambio de dirección de su política enrevesada e imprevisible da a primera vista la impresión de que no hace sino reaccionar a los golpes de sus adversarios; pero en muchos casos él mismo ha provocado la acción a que poder reaccionar. Esto es verdad especialmente de su conflicto con Washington al comienzo de los años 60 y de la conversión al comunismo que siguió.

Castro no duda nunca en poner a su servicio todo lo que puede serle útil, pero no menos en apartar inmediatamente a todo compañero que restringe su poder. Unció la burguesía a su revolución, luego la echó al exilio. Dejó, después de haber tomado el poder, a los viejos

comunistas cubanos que crearon los órganos de propaganda, de gobierno y de seguridad, luego los relegó a ellos también a un segundo plano. La mayoría de los 50,000 presos políticos tomaron parte en la revolución contra Batista que llevó a Castro al poder, algunos codo con codo junto al líder máximo. Hasta el extremista Ernesto Guevara fue eliminado. Se sabe tan poco en Cuba como en el extranjero dónde se encuentra éste y aun si continúa con vida. Pero que tuvo que haber conflicto entre él y Castro se desprende de la "carta de despedida" que Guevara le habría dirigido para expresar su pena por no haber "reconocido mejor las cualidades" de Castro "como jefe y revolucionario" y por no haberle concedido "mayor confianza"

Castro decide todas y cada una de las cosas, pero echa sobre sus colaboradores la responsabilidad de los errores y las faltas. Cuántas veces se oye a los cubanos que critican algo decir: "Si Fidel lo supiera, hace tiempo que esto hubiera cambiado". No ven que Fidel lo sabe y que él mismo ha dado la orden. Día y noche un poderoso aparato de propaganda glorifica a Castro. Su retrato está en todas partes, cubriendo a veces toda la pared de altos edificios. Citas de sus discursos son puestas en grandes caracteres por las calles. De su vida se hace una leyenda, sus actos son rodeados de un halo místico. Con discursos se difunde en el pueblo la noticia de su grandeza y de su sabiduría.

La contribución intelectual de Castro a las aspiraciones de las masas en gran parte explotadas a la emancipación es escasa. Según el pensamiento del Che Guevara, repudia la tesis que quiere que una revolución sólo puede triunfar donde además de las condiciones llamadas objetivas —explotación de las masas social y económicamente maltratadas— existen las condiciones subjetivas, es decir el espíritu revolucionario de las masas y la organización de lucha por la revolución. Según Castro, bastan las condiciones objetivas. Donde éstas existan, la revolución, según él, debe emprenderse; el espíritu revolucionario de las masas se despertaría por

sí solo inmediatamente. La revolución no necesita una organización de combate; basta un grupo reducido de hombres valerosos, como lo probó él mismo con su guerrilla. Y las condiciones objetivas se darían hoy en todos los países de América Latina. La revolución del subcontinente ya no necesitaría de parte de los medios "progresistas" sino un poco de ese valor que él y sus compañeros tuvieron. La esencia de la ideología castrista se contiene así en esta frase: "Es deber de todo revolucionario hacer la revolución".

Jefe inestable de guerrillas.

Castro necesita la revolución. La necesita como un clima vital. Porque en realidad nunca ha sobrepasado la etapa de un jefe de guerrillas. Se pasea dondequiera en uniforme de soldado y lleva siempre un arma al cinto. Va rara vez a su oficina, se mueve sin descanso de un lugar a otro y no tiene domicilio permanente sino que duerme en una u otra parte, nadie sabe de antemano dónde. Esto se explica no sólo por razones de seguridad, sino más bien porque responde a su naturaleza. El hecho de que no muestre interés alguno en su hijo, habido de un matrimonio disuelto, es casi increíble en las condiciones latinoamericanas, pero está de acuerdo exacto con el personaje. Y necesita la revolución fuera de Cuba para romper su aislamiento en política exterior. Mientras el castrismo no reine más que en Cuba, Castro seguirá económicamente dependiente de la Unión Soviética. Sólo cuando otros países sigan su ejemplo —como Venezuela con sus yacimientos petrolíferos— Castro tendrá una oportunidad de obtener la independencia exterior a que aspira sin duda alguna. Sin descanso, pues, exhorta a sus fieles en el extranjero que den por fin el gran golpe. Su consigna es "la revolución" y pronuncia esa palabra arrastrando la primera sílaba, rugiéndola, como si quisiera hacer estallar salvas de ametralladora. Pero su llamada al terror encuentra cada vez menos eco.

REGALOS DE BODA, *lo más nuevo y elegante
a precios razonables los encontrará en*

PARIS VOLCAN

SAN SALVADOR